
Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico

◀ Marcelo Urresti

Es común encontrar en artículos periodísticos, como en debates televisivos de tono político, la comparación de las generaciones de los años 60/70 con las de los 80/90. Se trata de un tema recurrente en encuentros públicos y en muchas de las rememoraciones de aquellos que fueron jóvenes en esas épocas pasadas. La comparación, en general, funciona como una suerte de rasero, y el metro patrón parece estar puesto siempre en la precedencia histórica, es decir en la generación mayor, como punto de evaluación de lo que le sobra o le falta a la generación más próxima. En estos contextos suele constatar el tránsito de los jóvenes desde las utopías hacia el enfriamiento, desde las actitudes idealistas hacia las pragmáticas, desde una voluntad transformadora hacia una integrada y conciliadora.

Tal vez no sea del todo lícito comparar generaciones como si fueran la misma cosa por el solo hecho de la coincidencia en la edad, atribuyéndoles implícita autoctonía, pero hay que reconocer que este mecanismo tiene una eficacia formidable y, en general, funciona como modo intuitivo básico del sentido común a la hora de comprender qué les pasa a los adolescentes y jóvenes de la actualidad. Por defecto y por exceso entonces, aparecerán las diferencias, las marcas distintivas, las características salientes de los jóvenes en uno y otro período. Pero podríamos preguntarnos, ¿es comparable el ser joven de hoy con el ser joven de hace 30 años?

* Licenciado en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, del Instituto Universitario Patricios. Actualmente prepara la tesis de licenciatura en la carrera de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, UBAy la tesis sobre "Tribus juveniles urbanas", para obtener el Maestrado, bajo la dirección del prof. Mario Margulis. Al mismo tiempo se desempeña como profesor Adjunto en la Materia Sociología de la Cultura, de la Carrera de Sociología, e Investigador del Proyecto UBACyT "Cultura y juventud: las relaciones afectivas de los jóvenes en Buenos Aires", Instituto Gino Germani, ambos de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Si nos situamos en los términos de la juventud entendida como experiencia histórica, esto es, como un modo de situarse en la facticidad concreta del mundo de la vida, la respuesta es negativa. No se trata de actores aislados susceptibles de comparación. Se trata de épocas históricas que definen los conflictos de manera diferente y en ellos, en el interior de sus líneas de fuerza, se precisa la posición de una perspectiva generacional particular, situación en la cual se vivencia la experiencia social de manera diferente. Es decir que más que comparar generaciones hay que comparar sociedades en las que conviven generaciones diferentes. Para decirlo con una frase ilustrativa, no es que los jóvenes de hoy son consumistas y los de los años sesenta politizados. En los años sesenta era tan improbable tener afinidades alejadas de la política como hoy su contrario, y esto no tiene que ver sólo con los jóvenes.

Entonces, signar el desencanto y la despolitización sólo como una cuestión voluntaria de un actor colectivo, como puede ser la juventud en este recurrente caso, es un procedimiento conceptualmente ilícito aunque social e históricamente iluminador. Si bien en términos estrictos las comparaciones de actores no son posibles, su recurrencia y “necesidad” son síntomas que nos hablan de un modo de comprender el significado de lo histórico por la atribución de sentido que en esas comparaciones se le da al presente.

Una comparación de épocas, más que de jóvenes, puede iluminar las esperanzas y los temores, así como los supuestos pasados, las gestas interrumpidas o vigentes, que ponen de un lado y del otro de la raya a las generaciones que hoy en día se oponen entre sí, la lucha generacional que en el plano de lo simbólico define qué es (y qué fue) ser joven. Lo cual significa que para comprender qué pasa con los jóvenes de hoy, más que pedirles o juzgarlos por aquello que hacen o no hacen respecto de los jóvenes de generaciones anteriores, es comprenderlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir, pues más que de un actor se trata de un emergente.

Antes de entrar específicamente en el tema vamos a hacer un bosquejo conceptual general, un marco en el cual colocar esta “comparación”. Albert Hirschman, economista heterodoxo, agudo observador de la realidad, trató de responder a una percepción personal, del orden de la impresión inmediata, que lo sacudió en ocasión de su segunda visita a París (Hirschmann, 1986: 11 y ss.). La primera de ellas había ocurrido en el año 1968. Ese París estaba convulsionado por los movimientos revolucionarios de mayo, literalmente copado por un clima asambleístico generalizado en el que se respiraba a cada paso el ejercicio vivo de la república. La ciudad en efervescencia, las universidades en constante debate sobre sus fundamentos, los estudiantes movilizados, la opinión pública agitada. Parecía como si el orden social y político estuviera siendo deliberado, cuidadosamente construido, y sus objetivos en manos de los que tanto tiempo estuvieron ajenos a él. Casi no había lugar para lo privado. Todo se derivaba de y tendía hacia lo

público, ámbito de atracción, de encuentro y de construcción. Lo privado aparecía como un disvalor, como una esfera decadente a ser superada por el ejercicio de los más altos ideales, los de la cosa pública.

Su segundo viaje entonces fue lo que le produjo el extrañamiento, la sensación de ajenidad. Fue en 1980, cuando se encontró con otro París, otra gente, totalmente distinta, hecho que le produjo una profunda intriga. De golpe, el clima de asamblea había desaparecido, la movilización se había diluido, el clima de debate se encontraba desinflado y, en su lugar, nuevas preferencias, nuevas expectativas, cifradas en otros sistemas de referencias, impensables diez o quince años antes. ¿Qué había pasado? ¿Cómo fue posible que se reciclaran las opciones y se orientaran hacia el ámbito del bienestar privado? ¿Qué fue lo que hizo que del encuentro público se hubiera dado primacía al universo doméstico y que las discusiones y debates se orientaran hacia la satisfacción en ese ámbito?

Para contestar estas preguntas Hirschman armó un conjunto de hipótesis para explicar por qué cambian las preferencias. Ese conjunto de hipótesis conforma cierta teoría de la acción. Aunque no lo es, compromete términos que le son afines, preferencias, conjunto de opciones, prioridades, elección, satisfacción. Los actores sociales tratan de obtener satisfacción a las expectativas que tienen antes de encarar uno u otro curso de acción. La acción transcurre en un tiempo finito, con espectros de opciones acotadas, procurando satisfacer necesidades y expectativas que, como diría la economía neoclásica, son virtualmente infinitas. Se opta por determinada cosa y no por otras. Ahora, el problema surge cuando no se cumple con lo esperado. Ahí está la clave de la argumentación. Cuando esto sucede, se da la decepción. Se puede insistir, cambiar de caminos, obtener resultados adversos o exitosos, pero si la decepción se repite, entonces se abre la posibilidad del cambio de opciones, de la reorientación de las expectativas y de las preferencias. Cuando se concluye razonablemente que aquello que se busca no puede ser obtenido, entonces se lo deja de buscar. Pasa a otro registro. Se puede a la vez imaginar lo contrario: como alguna vez dijo Bernard Shaw, tener deseos insatisfechos es tan malo como haberlos realizado. El deseo satisfecho es también una fuente de decepción en la medida en que implica cambios, reorientaciones, nuevos proyectos. En este sentido, la satisfacción no tiene límites y está siempre amenazada por la decepción. De este modo, la decepción se convierte en el secreto motor del cambio.

Históricamente, y siguiendo la matriz que los economistas comparten en su *modus cogitandi*, las preferencias de los actores se ordenarán describiendo ciclos. No quiere decir que los ciclos sean monolíticos ni homogéneos, se trata de agregados estadísticos definidos por líneas centrales de preferencias con sus respectivas periferias. Así, entonces, habrán ciclos de preferencias sociales que se sucederán continuamente con sus fases depresivas y de auge, orientándose sucesivamente de lo público a lo privado y viceversa. Para cerrar con este esquema, el primer

París sería el del auge del ciclo público, el segundo el de su momento de crisis saliendo hacia el ciclo privado. Los años posteriores indicarían la profundización del mismo, hasta nuestros días. Y hoy, podríamos arriesgar, el ciclo de privatismo comienza a generar decepción tanto por sus logros como por sus fracasos.

Lo interesante de este planteo es justamente esa visión cíclica. A poco de andar por las bibliografías llamadas postmodernas, en las más apologéticas suelen aparecer climas crepusculares, situaciones terminales (Lipovetsky, 1986; Vattimo, 1988; Baudrillard, 1995; Lasch, 1999). Estos planteos críticos e interesantes en ocasiones pierden sentido histórico y terminan proponiendo como último estadio evolutivo aquello que predicen, sea la era del vacío, la cultura narcisista, la sociedad psicologizada o el declive del hombre público. Paradójicamente terminan haciéndose cargo de las categorías modernas que pretenden abandonar, como las de la superación del pasado o la consumación de la historia, poco antes criticadas por encubridoras o limitantes para pensar el presente, inadvertidamente asumidas en sus planteos de indudable carácter finalístico. Una visión cíclica, entre otras cosas, permite pensar el devenir histórico con ciertos retornos, no necesariamente idénticos, aunque similares. Los discursos del fin, atractivos por su estímulo a la percepción de los cambios y por los contrastantes relieves que le otorgan a las diferencias, no siempre son sensibles a las subyacencias, los emergentes y los retornos de una historia compleja que, si bien no tiene un único sentido, no por ello significa que no pueda tener ninguno.

Al igual que lo que piensa Hirschman sobre París, podemos establecer dos ondas largas en la Argentina con respecto al significado histórico que tiene el ser joven y el participar en la construcción de lo público. Obviamente, se trata de una tendencia mundial y en absoluto propia de una región: estas grandes líneas de fuerza, aunque con diferentes matices y acontecimientos específicos por zona, se dan en todas las geografías. Se trata de cambios de nivel global, o también podríamos decir de época, que se escenifican de maneras específicas en distintas regiones. Tal es el caso de la Argentina que, aunque tiene influencias externas muy marcadas, responde a las modulaciones de su historia interna. Como decíamos más arriba, la primera de esas ondas largas va de los años sesenta a mediados de los setenta, y la segunda es la que comienza a mediados de los ochenta con el retorno de la democracia y se extiende hasta nuestros días. Se trata básicamente de dos cuadros de época en los cuales los jóvenes de cada período ocupan un lugar peculiar¹.

1. Las bases sociales del fervor público

La generación que se abrió a la vida social sobre el filo de los años 60-70 fue parte de un momento social que impulsó masivamente a la población hacia la participación en todas las esferas y movilizó políticamente sectores cada vez más

amplios, previamente retraídos o indiferentes en relación con las cuestiones públicas. Los jóvenes de aquellos años conformaron su experiencia en un contexto social, tecnológico, económico y cultural totalmente diferente del actual; por ello sus comportamientos, compromisos y expectativas son notablemente distintos respecto de los hoy reinantes, miembros de un clima histórico que nos habla de otra forma de estar en el mundo, de vivir sus dimensiones, en relación con códigos, estructuras del sentir y del pensar distintas.

Aquellas sociedades funcionaban sobre la base de un modelo económico que tenía premisas organizativas integradoras. Las prácticas productivas estaban organizadas sobre un modelo de ingeniería conocido como fordista-taylorista. Esta logística de la producción económica apuntaba a un objetivo central, la obtención de ganancias a través de una creciente inversión en productividad: se trataba de aumentar cada vez más el volumen de lo producido, consumiendo más energía, empleando más fuerza de trabajo o utilizando maquinarias cada vez más modernas. El resultado que se perseguía con estos aumentos era bajar costos, copar mercados y obtener ganancias a través de esa ecuación. Los volúmenes de productos cada vez mayores a costos más bajos invitaban a un ensanchamiento del consumo como momento necesario para realizar efectivamente las ganancias, a través de la recuperación de lo invertido en la conclusión de cada ciclo económico.

Después de la crisis del treinta y de la segunda posguerra le había sido encomendado al Estado un papel preponderante en las economías vigentes: su función consistía en resolver por anticipado las crisis cíclicas de superproducción en las que incurría el sistema de libre mercado, dejado a su exclusiva autorregulación. El Estado debía, según lo que fue conocido como “políticas keynesianas”, anticiparse a las crisis agregando la demanda. Agregar la demanda implicaba básicamente producir consumo, y esto se hacía redistribuyendo ingresos desde los sectores del capital hacia los del trabajo. El Estado tomaba impuestos de los primeros y los distribuía a través de gastos económicos y sociales. Se endeudaba, pero creaba empleos, producía servicios y proporcionaba una amplia cobertura social. Estos gastos preparaban un terreno propicio para absorber lo producido, con lo cual se generaba un círculo virtuoso en el que los impuestos y su gasto arrastraban la demanda, que se convertía así en un motor de crecimiento económico.

Esto tenía unas consecuencias sociales de gran importancia. En términos técnicos y por la propia dinámica de la producción capitalista, hacían falta cuotas crecientes de mano de obra empleada con calificaciones cada vez más elevadas; por otro lado, el Estado generaba empleos como base del crecimiento económico, redistribuyendo el ingreso como estrategia anticíclica, y al invertir en servicios y cobertura elevaba los estándares de vida medios de la población. Esto se traduce en pleno empleo, desempleo de muy baja duración, posibilidades de mejora social, carreras laborales estables, ascensos salariales, mejoras en los salarios reales. Una clase media creciente; puestos de trabajo en aumento, protegidos; un

conjunto de trabajadores compacto, asociado en sus intereses con el Estado, y a su vez en cierta momentánea alianza con los sectores del capital. El consumo se ensanchaba por el efecto de la producción de tipo fordista en bienes de consumo masivo, los más aptos para ese tipo de producción, lo cual redundaba en una mejora y modernización constante de los estilos de vida de la población en general.

Si bien esto no evitaba de ningún modo las desigualdades sociales y económicas, tendía a equilibrarlas, distribuir las y reordenarlas. Los modelos del consumo, al igual que los de la producción, tendían a homogeneizarse por la monotonía misma de las técnicas empleadas, hecho que nos habla de una sociedad relativamente integrada. Una clase media numerosa y en crecimiento exigía mayor participación en los ingresos, igual que las clases populares, que si bien se veían en ocasiones amenazadas por las crisis y por cortos períodos de desempleo, no carecían de oportunidades de mejora, pasando por la marginalidad momentáneamente, y superándola después. Esto implicaba también una mejora en las capacidades adquiridas debido a la propia dinámica del mercado laboral, con su exigencia de mayores niveles de instrucción, lo cual impactaba en una escolarización que se ampliaba y que mejoraba, lentamente, su calidad.

Eran los años en que la educación era muy prestigiosa y valorada, ya que aparecía como base posible del ascenso social, de la igualdad de oportunidades y de la mejora generalizada de las capacidades para enfrentar el mercado laboral. Una matrícula que se ampliaba en todos los niveles, una universidad que crecía, un presupuesto educativo en aumento, eran el marco de un sistema de enseñanza que se modernizaba, en el que estaban cifradas las expectativas de desarrollo económico y social por parte de los planes políticos, y las esperanzas de distintos sectores sociales en la mejora de su calidad de vida. Podría decirse que había cierto matrimonio feliz entre el ámbito económico y el de la formación escolar.

Las industrias culturales también tenían un perfil que directa o indirectamente apoyaba esta dinámica favorable a las instituciones escolares y al modelo social integrador. La televisión tenía una importancia menor en la vida de las personas: sólo había cuatro canales, el tiempo de emisión se extendía por doce horas como máximo, la programación era mayoritariamente producida en el país, los horarios centrales estaban reservados a noticieros que emitían simultáneamente para todo el territorio nacional noticias que definían claramente su proveniencia, los programas de entretenimiento y atracciones ocupaban los fines de semana o los horarios posteriores a los noticieros, los de interés para las mujeres iban a la tarde y apuntaban a una audiencia de amas de casa de clase media, los programas deportivos eran esporádicos y atendían sólo a eventos de importancia, había programas de opinión en horarios de la franja nocturna. Este recorrido puede parecer insignificante, pero tiene su importancia. Si lo miramos con atención veremos que responde al típico modelo de audiencia generalizada (Wolton, 1990: 106 y ss.). Si bien está segmentado por horarios y por las tareas que se supone separan

del televisor a distintos tipos de televidentes, apunta por la apertura a la generalidad, a todos los que lo enciendan. Esta televisión cimentaba cierta idea del “nosotros nación” por detrás de su funcionamiento. Los programas de ficción de estilo costumbrista, aun sobre la difusión de estereotipos, reproducían imágenes habituales, del orden de lo cercano, para sus audiencias. Los noticieros cumplían con una función estrictamente informativa e integradora de la audiencia, en la medida en que esos noticieros eran nacionales y en todos los canales ocupaban la misma franja. El espectador estaba casi cautivo de una programación que al no darle opciones, ser de carácter local y manejarse con audiencias abiertas, no buscaba la complicitad singular del televidente para lograr índices de *rating* importantes.

Ese ‘nosotros’ implícito de la comunidad de espectadores se daba como una imaginaria compañía de los “otros como yo” presentes frente al mismo estímulo, ya sea informativo o de entretenimiento. Esta televisión cumplía entonces una función congregante y uniformizadora.

No tenía el prestigio ni la importancia del cine, que en aquella época aún conservaba la inercia de sus años dorados, y que en una región como la Argentina tuvo un impulso extraordinario. Tampoco del espacio imaginario que poseía la radio, vehículo informativo y de entretenimiento primordial, identificador de la gran mayoría de la población, conectada también a una suerte de comunidad imaginaria que tendía a la homogeneidad. La programación radial, su música, sus noticias, mayoritariamente tenían como telón de fondo el horizonte local.

Por su parte, la industria del libro conoció su mayor auge en términos comparativos, y definió uno de sus momentos de máximo esplendor en el mundo de la lengua castellana. Las editoriales y sus fondos, la cantidad de títulos, los volúmenes de venta de libros, alcanzaron en esos años de modernización cifras que nunca fueron igualadas.

Hacer un simple recorrido por estos fenómenos nos habla de una sociedad más ocupada en la lectura que en la imagen, con la radio como vínculo con el exterior inmediato, con todo su juego de evocación imaginaria sugerida por los radioteatros, y todo en un modelo general, que incluye también al cine y a la naciente televisión, de funcionamiento masivizante, integrador y homogeneizante de sus respectivos públicos.

Esos años verán florecer un cambio fundamental en otros niveles de la cultura. En los años 60 comienza a extenderse un clima de renovación de las costumbres, provocado por una larga onda con una influencia que superará las fronteras nacionales de todo el mundo, que alteró formas tradicionales de concebir el cuerpo, de relacionarse con las instituciones, de comprender la familia, de concebir la autoridad. Fue un complejo conjunto de cambios que modernizaron drásticamente las formas de la vida cotidiana que dejaba atrás a la segunda guerra mun-

dial, tanto en Europa, como en los Estados Unidos. Se sabe que estas regiones han tenido la capacidad de funcionar como ejemplos, arrastrando con sus modelos culturales vastas regiones alejadas o periféricas del globo. Tal vez se haya debido a la influencia de sus poderosas industrias culturales, pero lo cierto es que más allá del factor de difusión, que supondría un esfuerzo que no estamos en condiciones espaciales de desarrollar aquí, han tenido una pregnancia fundamental a la hora de imponer modelos de conducta. Y estos modelos surgieron de ese fenómeno múltiple que fue la revolución sexual, la aparición de las culturas juveniles y el ascenso participativo de los estudiantes universitarios. Cada una de estas cuestiones, si bien tienen orígenes distintos y no siempre se asimilaron automáticamente las unas con las otras en las mismas personas, marcan en general ese clima de época en el cual, junto con los factores económicos, educativos y mediáticos que antes marcábamos, se establecerá la argamasa con la que se construirá casi automáticamente el impulso a la participación que tan fuertemente marcó la experiencia histórica del ser joven de esos años.

La juventud argentina y mundial que vivió su adolescencia entre los años sesenta y setenta se encontró con un mundo en el que se estaban levantando muchas barreras, de las que tal vez la principal fue la del sexo. En las sociedades previas imperaba una moral restrictiva sobre el sexo y sobre el cuerpo en general. Fuera de su función reproductiva, o de las instituciones que lo enmarcaban, como el matrimonio, se convertía en una práctica ilegítima, que había que ocultar. Esto implicaba cierta visión sobre el sexo como ámbito de misterio, habitado por la culpa y por la vergüenza. En este contexto se abre una experiencia casi única en términos históricos: la reivindicación de la corporalidad, del derecho al goce del cuerpo propio, de la desculpabilización de la sexualidad. Esto supuso el inicio de búsquedas, de climas transgresivos en los cuales se sucumbía a la atracción de lo nuevo y al coqueteo con lo prohibido. Las generaciones anteriores, fieles a sus costumbres y esquemas de experiencia inmediata, no ocultaron sus diferencias, ejerciendo la autoridad y expresando su pensamiento en una batalla que perderían. Las actitudes de los padres y de las autoridades institucionales, y las resistencias por parte de la sociedad de los adultos, se definieron rápidamente como el punto del contraste generacional en el cual lo joven implicaba al mismo tiempo un universo de reivindicaciones que discutían las herencias culturales: se registraban avances por parte de las mujeres en sus búsquedas de autonomía, se extendía una práctica sexual crecientemente liberada vivida como natural, y fundamentalmente se asistía a la ruptura con los modelos represivos del pasado.

Esto tuvo consecuencias que se asociaron imaginariamente con otros movimientos cismáticos que se estaban gestando al mismo tiempo en esa cultura. Los años sesenta son aquellos en los que se difunde y consolida por primera vez un conjunto de expresiones culturales –que por medio de la acción de las industrias del rubro se generalizarían como consumos masivos– producidas y consumidas, hechas por y exclusivamente para jóvenes (Yonnet, 1987: 25 y ss.). Es la prime-

ra vez que se registra un fenómeno cultural de estas características. El rock and roll, en principio un género musical derivado de la música negra norteamericana, comenzará a convertirse en un mundo de referencias asociadas que acompañará a películas y relatos literarios, y generará todo un imaginario de gran influencia en el cual serán exclusivamente los jóvenes sus héroes y protagonistas. Comenzará poco a poco a escenificarse ese mundo latente que estrenaba sus propios lenguajes verbales, de indumentarias, gestuales, con los cuales expresar la diferencia y disconformidad frente al mundo adulto.

Más allá de los estereotípicos personajes que salieron a flote de este mundo imaginario, muchos fueron los que se hicieron de herramientas mentales con las cuales representarse a sí mismos y a su lugar en el mundo que los rodeaba. Esto que al principio apareció como una mera moda de la que se esperaba su pronta desaparición, fue el inicio de un conjunto de expresiones que se iría renovando, cambiando figuras y modelos, adquiriendo mayor fuerza hasta constituir una cultura transnacional juvenil que enfrentaba las herencias locales mezclándose con ellas, generando una parcela hasta ese momento impensada. A través del rock se expresaban e identificaban, o comenzaban a hacerlo, esos mismos jóvenes que estaban discutiendo las herencias represivas de la generación anterior en otros ámbitos de esa misma cultura. El movimiento hippie, la música progresiva, la psicodelia, el pop, y sus influencias múltiples en el mundo del diseño gráfico y de objetos, en el ámbito de otras artes industriales como el cine, o en los medios audiovisuales nacies, el impacto en la generalización de modas, como sucedió en la industria de la indumentaria o en el mundo de la imagen, indican una extensión de la expresión originariamente juvenil a todos los ámbitos de la cultura (Morin, 1962). De modo que una nueva distancia comenzaba a separar a los jóvenes de entonces respecto de sus padres o abuelos inmigrantes, que habían aprendido duramente a hacerse nacionales, a querer estas regiones generosas y a ostentar con orgullo la cultura en la que habían crecido, aprendido a amar, construido un mundo e imaginado un porvenir. Estos jóvenes se separaban de ellos, y reflejaban en sus conductas e identificaciones las nuevas formas de la identidad social. Era un mundo en el que en distintos puntos de su geografía la juventud adquiría protagonismo, creciente brío en la contestación cultural y política, confianza en su fuerza.

Ese mundo estaba dividido por un conflicto central que sumaba fuerzas planetarias en todas las regiones y que polarizaba los ánimos bélicos, sustento emocional que tanta fuerza ha dado a las ideologías. La guerra fría definía una geopolítica de la imaginación para todo aquel que quisiera involucrarse en política: era como un horizonte de realismo en el que se enmarcaban los pensamientos, las aspiraciones y los proyectos. Dos grandes modelos en competencia, ambos ciclópeos y agotadores, ambos virtuosos e insoportables en más de una de sus fases. En definitiva, dos ideas de la organización social y política en abierto antagonismo: los liberalismos democráticos con economías capitalistas, por un lado, y los

regímenes de gestión estatal con partido único, por el otro; en términos más usuales pero imprecisos, las democracias liberales y los socialismos. En este contexto una nueva expresión de la época renovará esperanzas e impondrá nuevos rumbos, el surgimiento del Movimiento de los No Alineados o lo que después se llamó Países del Tercer Mundo. Si bien no tuvo una actuación política de gran relieve, el Movimiento de los No Alineados abrió horizontes y señaló una tendencia que rápidamente fue defendida por los sectores progresistas de los países centrales, entre los que los jóvenes ocupaban un lugar central. Los movimientos de liberación nacional que desmantelaban los últimos vestigios de los imperios europeos consolidados en la primera parte del siglo encontraban las simpatías de muchos habitantes de las metrópolis. Argelia, Vietnam, Angola, por sólo nombrar tres de una larga lista, serían escenarios de confrontación política y bélica localizada, aunque con consecuencias globales: su impacto se haría notar en los equilibrios internos de los países centrales. Era un momento en que aparecían nuevas vías de orientación política dentro de todos los regímenes de gobierno, y en esas convulsiones, en esos intentos de cambio, en los que no faltaron los mártires, los jóvenes, ya fueren estudiantes, obreros o campesinos, siempre protagonizaban las luchas. La revolución cubana, la revolución cultural china, la primavera de Praga, Tlatelolco, el Cordobazo, el mayo francés, la resistencia civil contra la guerra de Vietnam, las tomas de Berkeley, son episodios que nos hablan de una historia de participación y compromiso político que se acelera.

Al mismo tiempo surgen distintos movimientos de reivindicación de causas diversas. A través de los movimientos pacifistas y de resistencia antiatómica comienzan a perfilarse los primeros ecologismos, el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos; se hacen escuchar con fuerza los movimientos feministas, los movimientos estudiantiles. La Iglesia Católica acompaña estos cambios con el Concilio Vaticano II, y una fracción radicalizada y joven intenta renovar la institución animando el Movimiento de los Curas por el Tercer Mundo que hace su opción por los pobres. Como es fácil apreciar en esta pequeña selección de acontecimientos, el mundo entero se radicalizaba en un contexto de ascenso político generalizado.

En los ámbitos universitarios se leía a Sartre, Fannon, Marx, Mao, Althusser, Marcuse. Un público cada vez más amplio descubría a los novelistas del muy cercano “boom” latinoamericano: Fuentes, García Márquez, Cortázar, Vargas Llosa, Rulfo. Se multiplicaban los festivales de música, en los que aparecían por primera vez las canciones de protesta, donde se homenajeaba a las gestas y los héroes del momento, como el Che Guevara, Angela Davis, Daniel Cohn-Bendit o Stokely Carmichael; recitales de solidaridad, grandes fiestas colectivas en las que el sexo, la música y la política se fundían en una materia común. Ese compromiso creciente con las causas públicas, con la defensa de los derechos, gozaba de simpatías que se ampliaban y que tenían en los jóvenes su impulso principal. En nuestro país ya comenzaba a surgir tímidamente el rock nacional. Las juventudes

de los distintos partidos se radicalizaban y adoptaban los atmosféricos vientos de reivindicación nacional y latinoamericana que estaban sobrevolando el ambiente. La denuncia del imperialismo y de las desigualdades sociales, la necesidad de formar una conciencia nacional activa, los objetivos de la emancipación nacional y social, impulsaban a militantes y sectores comprometidos a pasar de los discursos a las prácticas, cada vez más directas, cada vez más enérgicas.

La lucha contra las dictaduras, contra el totalitarismo y las censuras de diverso tipo, también hizo de este momento efervescencia pura, con los jóvenes como emblema.

La juventud se radicalizaba en el mundo entero y también en la Argentina, situación favorecida por horizontes optimistas de ascenso social y mejora en los estándares de vida inscriptos en distintos ámbitos de la vida moderna, como el trabajo, la escuela y el ejercicio de la ciudadanía. Esta tendencia se veía reforzada por cierta situación propensa a la redistribución de recursos sociales –como los económicos y culturales–, contexto que marcaba una sociedad en procura de una democratización creciente.

2. La fragmentación social y el enfriamiento político: privación, privatización

En los años ochenta la situación descripta cambia notablemente. El panorama es otro. Cambios que han conmovido a las sociedades en todas sus esferas afectan las formas de la participación y definen una manera de ser joven, una experiencia histórica en la que lo juvenil se ve rodeado con significados completamente diferentes. Transformaciones de orden tecnológico han incidido en la esfera de la producción económica, en la circulación de los capitales y en los sistemas de comunicaciones, alterando la división técnica y social del trabajo, rearticulando las ingenierías industriales y diversificando las ofertas de productos para el consumo. Esto tiene consecuencias inmediatas en la formación de las clases sociales y en las formas simbólicas a través de las cuales se agrupan los consumidores: se trata de un contexto que se complejiza y rompe con las dinámicas de agregación de la población antes vigentes, dificultando la movilización política, hecho que deriva de una creciente fragmentación de intereses que disuelve las bases objetivas de la solidaridad social. Describiremos brevemente esta nueva situación.

A mediados de los años setenta, en el seno de las economías más avanzadas comienza a aplicarse lo que hasta el momento no había sido más que una invención, una mera posibilidad en el mundo de los desarrollos científico-técnicos: la microelectrónica. Tímidamente al principio dados sus elevados costos relativos, pero generalizándose con el paso del tiempo, estas nuevas tecnologías permiten rearticular los sistemas productivos y las formas de organizar el trabajo, con to-

das las derivaciones que de allí surgieron. La microelectrónica hizo posible la flexibilización técnica de los sistemas productivos: con herramientas reprogramables y sistemas inteligentes de relación entre puestos de producción, la fábrica tradicional, organizada en torno a un sistema de flujo fijo y constante, como fue la línea fordista, comienza a tornarse plástica, compleja, adaptable. La maquinaria reprogramable rompe con la limitación de las herramientas anteriores, la escasa posibilidad para salirse de un patrón preestablecido y fabricar diversos tipos de productos. La ingeniería fordista armaba el proceso de producción pensando en un producto que, con muy pequeñas variaciones, se trataba de repetir lo más eficientemente que se pudiera la mayor cantidad de veces con la mayor velocidad, con el objetivo de bajar su costo para luego dar la batalla comercial en el mercado. Así se obtenían las ganancias, aumentando la productividad.

Esta nueva ingeniería, a la que por el momento se nomina como “posfordista”, organiza la producción en torno a otros conceptos. Las ganancias se procuran siguiendo otras estrategias: ya no apuntando a la saturación y competencia cerrada en un mercado generalizado, sino explotando la segmentación de múltiples mercados, lo que en términos técnicos se llama “nichos de mercado”. Si antes se competía por la monopolización, puja que implicaba grandes esfuerzos de cuya racionalidad sólo cabía esperar la baja constante de las ganancias (lo cual tendía a desalentar a largo plazo la inversión), las nuevas estrategias tratan de escapar de la competencia, descubren o producen un nicho, un segmento específico de la demanda, y lo cubren rápidamente con una oferta que responde exclusivamente a esa necesidad. En el mundo actual se sabe que la competencia no tardará en llegar, se disfruta en ese lapso de la percepción de sobreganancias, en base a la idea de que cuando la competencia llegue y comience a bajar costos, a imponer la lucha por la productividad, el primer ocupante ya esté partiendo hacia otros nichos. Los ciclos de ganancias se vuelven entonces más nerviosos, más inestables, y la estrategia que mayores beneficios obtiene es la más creativa, la que pueda diversificarse más en el menor tiempo². Esto tiene consecuencias decisivas en el escenario social.

La primera consecuencia es que el mundo de la producción trata de adaptarse rápidamente a la demanda, cubriendo sus variaciones o tratando de estimularlas, lo cual lleva a una constante diversificación de las ofertas y segmentación del consumo. En términos generales, si la dinámica de la producción previa tendía a homogeneizar los distintos tipos de consumidores hacia un mismo tipo de producto con un mismo nivel de poder adquisitivo, motivado por el rol redistributivo del Estado, este nuevo esquema invierte la ecuación pues tiende a diferenciarlos, a fragmentarlos como conjunto y a separarlos entre sí. La tendencia actual permite que se apunte a mercados muy específicos sin la presión de que los costos se bajen, apuntando a captar a aquellos que estén dispuestos a pagar por la especificidad.

Esta especificidad no debe ser entendida necesariamente como exclusividad, pues no se trata de consumos de lujo o de bienes suntuarios, sino de todo tipo de bienes o servicios, incluso los de consumo masivo: incluso éstos se proyectan hoy con diferencias que los cualifican en una pluralidad cada vez más abundante. Los bienes y servicios de consumo masivo son cada vez más variados entre sí, situación que nos habla de una sociedad que en uno de sus aspectos, no precisamente menor, se torna cada vez más fragmentaria y compleja.

Si antes el esquema productivo iba de la producción al consumo, estimaba sus costos, preveía el comportamiento de la demanda, diseñaba una estrategia global y luego se comprometía en bloque a cumplir con los objetivos (para lo cual necesitaba sincronización, aporte calculado y colaboración de cada segmento de producción), hoy las cosas se han invertido.

Con las nuevas tecnologías más flexibles y las nuevas formas de organización del trabajo, se va del mercado a la producción: es decir, no se produce más que lo que pide la demanda. Este concepto altera la forma de calcular costos, de almacenar materias primas, de contratar mano de obra: todos estos factores se verán sometidos a la lógica de funcionamiento de los mercados. Para decirlo de modo exagerado aunque gráfico, primero se vende, y luego se produce. Esto redundará en ritmos de producción que, más que en altos volúmenes y en la carrera desahogada por producir más a menor costo, piensan en productos de alto valor, que exploten oportunidades, que maximicen cada nicho y que no comprometan la capacidad de cambio de la esfera productiva (Reich 1993: 87 y ss.).

En términos laborales y del peso específico de los sectores trabajadores en el proceso productivo, este cambio técnico y organizacional tendrá consecuencias decisivas. Si los trabajadores antes eran estratégicos, su no colaboración implicaba detenciones en las líneas de montaje, lo cual redundaba en grandes pérdidas económicas para sus patrones. Hoy la situación es diferente: los ritmos más flexibles precisan otro tipo de trabajador más discontinuo, dinámico y polivalente³. Esto hace que las formas tradicionales de presión sindical se vean comprometidas. El proceso productivo más fragmentado y complejo afecta la conformación de la estructura organizacional y de los sistemas de remuneraciones, situación que incide en el cuestionamiento de la tradicional solidaridad de los trabajadores (antes motivada objetivamente por la técnica fordista, que si bien imponía ritmos laborales alienantes, otorgaba a los trabajadores cierto poder de veto que les permitía negociar reivindicaciones en condiciones favorables). Las tareas múltiples, la movilidad de los trabajadores, y fundamentalmente la pérdida de importancia del factor trabajo intensivo, condicionan el lugar de los trabajadores, ya sean manuales o no manuales, cada vez más reemplazados por máquinas, cada vez más segmentados como colectivo.

Por otro lado, una economía que en términos macro tiende cada vez menos a crisis de superproducción, hecho que se ve acompañado por el constante ensan-

chamiento de los mercados producido vía globalización, hace que los Estados también cambien su función. Si en el esquema keynesiano producían empleos para agregar la demanda, en los esquemas poskeynesianos tratan de eliminar su participación en la economía reduciéndose al mínimo.

Así, los déficits fiscales antes positivos se convierten en verdaderos gastos, en impedimentos, y por lo tanto se trata de reducirlos. Esto incide en el ámbito del empleo y en la cobertura social tradicional de las poblaciones. Los Estados se ven presionados para reducir gastos económicos y sociales, desmontan servicios de salud, desinvierten en cuestiones antes estratégicas como la educación, privatizan los seguros de retiros, generan menos empleos, deterioran la calidad de sus prestaciones, es decir, abandonan parcial o totalmente las actividades que antes sostenían bajo el pretexto de racionalización de áreas ineficientes, que al pasar a manos privadas dejan de garantizar la prestación generalizada y gratuita. Es así como los Estados van focalizando sus intervenciones, desentendiéndose de la gestión de la vida de la población, llegando, finalmente, a limitarse a arbitrar conflictos entre partes, contribuyendo, cuando lo hace de manera deficiente, a extender el clima de desigualdad social que, progresivamente, tiende a imponerse. Los Estados del ajuste, protagonistas de estas décadas poskeynesianas, se desentenden de los gastos sociales para atender otras urgencias y dejan servicios de salud deteriorados, la escuela pública en crisis, los sistemas de jubilación abandonados. De este modo los antiguos canales de promoción social se van cerrando, con el costo de frustración y caída de expectativas que ello implica.

En esta situación no es casual que con Estados y empresas de estas características hayan crecido el desempleo y, derivada directamente de éste, la exclusión social, fantasma que asola a las sociedades contemporáneas. Hoy en día, salvo algunos casos muy especiales como Estados Unidos, en los que inciden otros factores, las economías más avanzadas del mundo están rozando las tasas de desempleo más altas de su historia, situación que se agrava en las economías periféricas. Si pensamos en las consecuencias estratégicas que esto tiene para los sectores trabajadores, notaremos que su capacidad de presión se reduce, dado que numéricamente los sindicatos son cada vez más débiles, tienen menos recursos, su incidencia en el proceso productivo es menor, con una solidaridad de clase técnicamente dificultada y con una masa de trabajadores desocupados que cuestionan las bases mismas de la acción sindical (los que momentáneamente no tienen trabajo, que son cada vez más y durante más tiempo, ¿pueden o deben ser representados sectorialmente?). Como se puede notar, en este contexto, y frente al debilitamiento estratégico de los sectores del trabajo, el capital se vuelve cada vez más fuerte, con más probabilidades de imponer sus intereses y sus puntos de vista. Esto obviamente deprime los salarios en términos generales, fragmenta las escalas, diferencia segmentos, lo cual explica la movilidad social descendente que parece ser la dominante del momento histórico presente, y no sólo en la economía de las periferias.

Cuando el desempleo se convierte en una amenaza, tiene efectos disgregadores a nivel social. A nivel subjetivo y personal, una situación de escasez de empleo disciplina al trabajador: lo vuelve temeroso, dócil, conservador, proclive a aceptar las condiciones que se le imponen a nivel de tareas y a nivel de remuneración, ya que si no las cumple sabe que hay muchos codiciando su lugar, dispuestos a todo. El empleo va cambiando: de ser un derecho a convertirse en un privilegio. Y el trabajador empleado, a convertirse en un ser agradecido por la suerte que le ha tocado, situación en la que defiende lo que tiene a costa de la solidaridad. Las reivindicaciones históricas, no es casual, se pierden. Los sindicatos pierden fuerza. El sector trabajador se verá más perjudicado mientras menos estratégico sea en estos nuevos esquemas. Sin embargo, no todo tipo de trabajo empeora su situación. En la actualidad hay sectores de trabajadores de lujo que mejoran su situación en la medida en que están asociados estrechamente con el éxito del capital: todo el espectro de las gerencias altas y medias se encuentra en esta posición de mejora. Esto también nos habla de fragmentación en el mundo laboral, ya que por tareas y remuneraciones los intereses se vuelven cada vez más heterogéneos y difíciles de conciliar.

Los cambios técnicos, además del aspecto organizativo, han alterado completamente el mundo de la producción, en la medida en que han incidido drásticamente en la forma de circulación de factores económicos de importancia como son los financieros y los conocimientos estratégicos. Para la producción de la actualidad cada vez son más importantes los saberes especializados, que aprovechan aquellas oportunidades de las que hablábamos más arriba. Diseños de todo tipo, asesorías, consultoría financiera, jurídica o técnica, publicidad y marketing, estrategias de productos, recursos humanos y personal, entre otros, son los rubros que mayor incidencia tienen en los productos finales, sean del tipo que fueren. Su peso en los costos y en los resultados nos hablan de su importancia y participación. La novedad a la que asistimos es que con los cambios tecnológicos estos factores circulan a nivel mundial, con un control por parte de los Estados cada vez menor, y forman parte de un mercado internacional crecientemente interconectado entre sí, con una capacidad de respuesta cada vez más veloz, con menores anclajes locales. Este suele ser el tipo de trabajo que está creciendo en generación de empleos y en nivel de remuneraciones, pero su escala es baja y supone un nivel de capacitación muy alto, lo que significa que es para pocos.

Si nos detenemos un momento y comparamos con la situación anterior, notaremos que el panorama es completamente distinto: estamos frente a una creciente fragmentación estructural en lo económico y en lo social.

En el ámbito de la industria cultural y las comunicaciones sucede algo similar: de manera creciente se superan las fronteras nacionales, antes restringidas por cuestiones técnicas y de costo, generando un sistema que se planetariza en su oferta. Al contrario de lo que se suele pensar, este proceso está muy distante de

homogeneizar a consumidores y espectadores, ya que funciona en el mismo sentido de la producción de bienes y servicios que antes indicábamos: cualquier oferta se planea para llegar con toda eficacia a un número acotado de espectadores, altamente comprometido pero escaso en cantidad. Esto no impide que algunos productos se proyecten para audiencias amplísimas, pero no son la norma. Por el contrario, la lógica general es la de la segmentación de mercados, o en este caso, de espectadores (que en definitiva es lo mismo).

Si atendemos al panorama actual, notaremos que los consumos de tiempo libre y las tecnologías disponibles para facilitarlos tienen inscrita la doble lógica de la privatización y la especificación. Ante todo, son tecnologías audiovisuales las que prácticamente monopolizan el tiempo libre de la mayoría de la población. Esto nos habla de un profundo cambio en la cultura. El lugar del libro cambia: no es que se pierda, sino que se va desplazando hacia usos cada vez más especializados, siendo utilizado masivamente en los sistemas de instrucción, convirtiéndose en medios que van generando lectores profesionales, con la consabida disminución de los *amateurs* y los “curiosos masivos” que en otras épocas animaron el mercado editorial y ciertos ámbitos intersticiales de la cultura. El libro no muere en la sociedad actual: cambia de función, ya que con la presencia abrumadora de los productos en soporte audiovisual deja su lugar otrora protagónico en la esfera del tiempo libre, para ir recluyéndose entre aquellos que hacen de la lectura su medio de vida. La lectura tecnificada pierde el halo placentero, humanista, politizante y complementario de la construcción de la ciudadanía, instancias con las que tradicionalmente fue identificada. Esto es lo que ha hecho que algunas voces, no exentas de tintes nostálgicos, afirmaran la muerte de la cultura letrada proyectando sobre ella la desaparición de todas las otras cuestiones con que fue asociada, como por ejemplo el debate, la polémica y la deliberación democrática.

Más allá de este cambio, no menor, hay otros emparentados con la estructura misma que adquiere el sistema de industrias culturales en el presente, de consecuencias sociales tal vez más decisivas. Como decíamos más arriba, la lógica impuesta de privatización y segmentación marca la oferta de estos bienes. Las tecnologías de la imagen se privatizan y generan consumos domésticos más extensos: las horas de televisión promedio han crecido históricamente, al igual que el número de televisores por persona y el encendido. Por otro lado la televisión no es la misma. Ya no es aquella de pocos canales, horario de transmisión restringido, de aire, con producciones nacionales que reflejan las realidades locales, apuntando a audiencias abiertas y generalizadas. Ahora la televisión transmite en continuado las 24 horas del día, mayoritariamente a través de canales cableados –lo cual desplaza el lugar de la TV abierta que, aunque continúa viéndose, adquiere otra importancia–, canales segmentados que apuntan a audiencias cada vez más específicas, más comprometidas pero menores en número, con una programación que proviene de distintos lugares del mundo, preferentemente de Estados Unidos, y con una tendencia a la fragmentación cada vez mayor si pensamos en

los canales codificados, en el *pay per view* y en la novedad del momento, la TV satelital que técnicamente permite la individualización del acto de mirar televisión. La simple comparación nos habla de una desarticulación de las audiencias antes abiertas y generalizadas que eran la norma. Hoy sólo se congrega una audiencia de este tipo con eventos muy esporádicos, como un mundial de fútbol, una olimpiada, algún acto político especial como una elección, o fenómenos de *rating* alto que están en el orden de lo extraordinario, como un escándalo público de dimensiones (para lo cual debe tener ingredientes privadísimos) o algún programa de elevado éxito y repercusión que en general no se extiende por más de una temporada. Un simple vistazo muestra que la normalidad de funcionamiento de este medio tiende a la segmentación, a la individualización, y esto, paradójicamente, dentro de marcos globales en los cuales la coincidencia simultánea puede darse con mayor probabilidad en lo remoto espacial que en la vecindad inmediata.

Por otro lado, si pensamos en otras industrias de la imagen, como la del video, veremos que opera la misma lógica. Videos producidos para consumo casero, estrategias de comercialización que privilegian los últimos estrenos del cine –preferentemente éxitos de taquilla, películas con muchos efectos técnicos y mensajes casi anecdóticos–, forman parte de la estrategia general de pasatiempo que se está imprimiendo en las industrias de la cultura. Por otros medios, un *pay per view* que exige desplazarse unas cuadas para ver en soledad lo que se desea, casi una TV satelital pero para pobres⁴.

El cine y el teatro, que de algún modo conservan el esfuerzo de la motivación, la salida de la casa, el viaje, la ceremonia de abstraerse, la concentración, esa experiencia casi religiosa de comunidad congregada ante un mismo estímulo, cuando funciona masivamente lo hace en torno a formatos comerciales y mayoritariamente mediáticos, afirmando una “lógica de lo fácil” que envuelve en general a las industrias de la imagen para consumo rápido. En términos de audiencias y públicos, se profundiza aquella división y fragmentación estructural de origen tecno-económico, con el añadido de la facilidad, esa suerte de recepción indolora programada para garantizar el éxito en una masa espectadora cada vez más abrumada por los ritmos laborales, más necesitada de catarsis que nunca. Pobres, alienados y sobreexigidos, pero massmediatizados y en conexión global.

La globalización de las industrias culturales tiene una dinámica compleja. Tiende al mismo tiempo hacia la fragmentación territorial –de esas unidades que fueron las culturas nacionales– y su integración extranacional compleja, por segmentos de consumidores globales. La globalización genera una cultura mundo, que no homogeneiza los territorios culturales en uno solo sin fisuras, sino que rompe con las unidades preexistentes, reconectando los fragmentos en una lógica de conexión de lo distante y de desconexión de lo cercano. En este sentido, globalización cultural es *glocalización* cultural (Ortíz, 1994: 35 y ss.; 1996: 47 y

ss.). La industria cultural así conformada, y en su formato tradicional como industria, es decir, como máquina de acumulación de ganancias a través de la oferta de bienes estandarizados, entra de este modo en una lógica que aparentemente es contradictoria, hacia la masificación y la diversificación de los consumos al mismo tiempo. Es preciso comprender este funcionamiento para ponderar su impacto en la conformación de culturas locales cada vez más complejas y segmentadas, incluso para sus mismos participantes y sostenedores.

Regiones antes aisladas se conectan con flujos de imágenes, de información y de entretenimiento, que colapsan con los ritmos temporales locales tradicionales. Esto rearticula los ritmos locales y los sitúa en una doble velocidad. La ruptura de los tiempos históricos implica, entre otras cosas, la rearticulación de la memoria colectiva y de los relatos personales, es decir, de las formas culturales dentro de las que se construye la identidad y se reconoce a los semejantes. Esto contribuye a la obsolescencia y alteración de formas simbólicas de la vida social, a su recambio permanente, con consecuencias rearticulantes en la conformación de los grupos y en los esquemas a través de los que los sujetos comprenden el mundo social, lo propio y lo ajeno, lo cercano y lo lejano. Nuevamente, cambio y fragmentación donde hubo estabilidad e integración.

En estas coyunturas, los sujetos anclados localmente deben rearticularse. Un elemento importante a tener en cuenta es que suelen ser los jóvenes quienes se adaptan con más docilidad a estos cambios, lo que produce brechas en relación con sus mayores, para los cuales aparecen como completos extraños. Muchos de los códigos a través de los cuales los jóvenes se reconocen como perteneciendo a una experiencia común están mundializados, situación que genera nuevos ruidos respecto de la generación de sus padres.

Esta situación estructural económica, social y cultural tiene a su vez efectos directos sobre el mundo de la política. Los partidos políticos con representación de clases se debilitan a igual ritmo que sus bases de sustentación. Los movimientos sindicales pierden apoyo, ya que los trabajadores se encuentran divididos por el desempleo, la competencia laboral y la amenaza de exclusión social. La cultura toma una dinámica transnacionalizada en la que los contenidos de reivindicación nacional se desvanecen. Los colectivos conocidos como naciones incluso se ven sujetos a procesos comunicativos que diluyen sus fronteras simbólicas, rearticulan las tradiciones que los edificaron y promueven nuevas formas de identificación personal y colectiva. El panorama se reestructura.

Por otro lado, el Estado va abandonando sectores en que era dominante para pasar a ser un actor más, y en muchas ocasiones ni siquiera el más importante, de suerte que se ve debilitado frente a otros actores, fundamentalmente empresarios, o frente a los mercados, impersonales, de fuerza y poder de veto crecientes. La situación de los sistemas políticos es diferente a la del pasado: hoy se encuentran estructuralmente más débiles y desarticulados.

En este contexto, las políticas neoliberales se han hecho eficaces con costos relativamente bajos, y en ocasiones hasta con apoyos electorales masivos, incluso después de imponer acciones de neto corte antipopular. Esto ha dado pie para hablar de una crisis de representación de los sistemas políticos vigentes o de su paso hacia nuevas formas, algunos de cuyos síntomas son la desafiliación de los partidos tradicionales, la indiferencia política creciente, la no concurrencia a las urnas, los altos porcentajes de indecisos, la falta de opinión formada en la ciudadanía, los votos volátiles que van sin problemas de un lado al otro del arco partidario, las estrategias del tipo “atrápalo todo” de los partidos que para ello despolitizan sus discursos y borran sus plataformas electorales (en ocasiones comprometedoras para acciones futuras), la apertura de las listas a figuras provenientes del exterior de los aparatos partidarios tradicionales (en general actores, deportistas u otros miembros de la farándula), que delinean un perfil político de muy bajas calorías, en el que los partidos casi no se diferencian entre sí más que por el eslogan con el que decidirán identificarse, o el candidato, elegido casi exclusivamente por su imagen mediática. Es decir, la política está cambiando y los partidos también: ya no son tan importantes las movilizaciones como las apariciones en los medios, los programas de acción futura como la imagen de sus hombres, la voluntad política que encarnen como su astucia para administrar eficientemente la economía. Los partidos ya no importan por su capacidad para formar cuadros comprometidos o militantes orgánicos o para establecer una doctrina congregante: ahora son estructuras semiprofesionizadas cuya acción emerge en las situaciones de la competencia preelectoral, encabezadas por comandos técnicos que analizan encuestas de opinión y estrategias de publicidad mediática, y controlan lo que sus candidatos no deben decir para no comprometerse frente a los electores. Todo esto, sumido en la convicción de que los estados son herramientas cada vez menos eficaces a la hora de intervenir políticamente en la sociedad.

Como efecto de los cambios tecnológicos y comunicativos, las ciudades, esos escenarios en los que se dramatiza y toma cuerpo la vida social, también sufrirán el influjo de las innovaciones. El crecimiento constante de estos agregados obliga a construir nuevas formas de gestión que procuran descentrar lo que puede llegar a convertirse en catastrófico. Las grandes megalópolis actuales se vuelven cada vez menos controlables por los sistemas de administración, debido a su tamaño y a su complejidad. Este crecimiento obliga muchas veces a descentralizar sistemas antes unificados. Por otro lado, una coyuntura cultural que se globaliza altera ritmos locales de construcción simbólica de las ciudades. Esto lleva progresivamente a la *glocalización* de las grandes urbes. Las diferencias sociales tendientes al ensanchamiento de las brechas tradicionales también se expresan en el crecimiento de la violencia anónima, y en lo que algunos autores como García Canclini (1990: 264 y ss.) y Barbero (1994: 38 y ss.) han llamado procesos de desurbanización: bolsones de pobreza cada vez más amplios, abandono de los centros de las ciudades, barrios fantasmas, fronteras internas en la ciudad, *guetifica* -

ción de pobres y de ricos, unos cercados por las fuerzas de seguridad y los otros por su propia vigilancia. Estos cambios reflejan el proceso de dualización económica que en diverso grado experimentan las economías de todo el mundo cuando se integran a la producción y al consumo global en su versión actual. Esta tendencia general de las distintas clases a constituir ghettos, a encerrarse en ámbitos controlables y seguros, implica una forma de huida hacia el ámbito doméstico en desmedro de la ocupación y uso de los lugares históricamente públicos, hecho que puede asociarse con la desmovilización política —que no debe confundirse con despolitización, contracara de esta opción por los intereses y el bienestar privado. En esta coyuntura las ciudades se alteran en su fisonomía y funcionamiento en términos materiales, y metafóricamente expresan el desplazamiento simbólico que supone la pérdida de la *polis*, es decir, del ámbito del encuentro y la realización ciudadana.

Con el fin del mundo bipolar, mucho de lo que fue imaginarios políticos de contraposición a los órdenes establecidos han desaparecido como horizontes de orientación. El sentido de lo político, de alguna o de otra manera, supone una atribución de direccionalidad a la acción emprendida, un fin postulado o presunto en el que desembocar. La Guerra Fría implicó tendencias preestablecidas en el momento de fijar este sentido de la praxis. Con la globalización y la desterritorialización que la acompaña, muchas de las disputas, antes circunscriptas a ámbitos locales pero con la proyección geopolítica de alianzas internacionales posibles, pierden peso específico. Pareciera como si el acuerdo neoliberal internacional, o su versión socialdemocrática actual, se extendiera a través de los pactos de seguridad impuestos por las naciones más poderosas de la tierra. Las resistencias se vuelven cada vez más improbables, o quedan libradas a su propia suerte. En este contexto, y continuando una tendencia que se inicia con el final de la Segunda Guerra, se consuma definitivamente el proceso de descolonización del mundo, con las consecuencias que esto produce en las metrópolis. La brecha entre los países pobres y los países ricos, la necesidad de mano de obra de las economías centrales producto de la expansión de los años dorados, sumadas a cierto aflojamiento en las legislaciones migratorias, fuerzan la migración legal o no desde las colonias a los antiguos centros imperiales, o desde economías periféricas a economías que prometen horizontes de superación y ascenso en los estándares de vida. De esta manera, estos intensos movimientos poblacionales, cada vez más marcados mientras nos acercamos a los años noventa, comienzan a generar efectos sobre la conformación misma de las sociedades y las culturas receptoras. Se redefinen los mapas en los centros. Encuentros entre etnias, tradiciones culturales, códigos de clases, dan origen a una hibridación y multiplicación de las formas de la vida social. De esta diversidad surgen nuevas identidades y proyectos matizados por otros lenguajes y búsquedas, estableciendo conflictos distantes de los tradicionales. Esto es lo que se ha reconocido como la condición policultural que en diverso grado afecta a todas las sociedades contemporáneas. Esto no altera en ab-

soluto las antiguas diferencias sociales fundadas en la desigualdad de clase, género o nivel de educación. Al contrario, se suma y potencia, multiplicando los conflictos en direcciones antes insospechadas, aunque la tendencia general consiste en desagregar lo que antes estaba unificado en el continente simbólico de los estado-naciones. El potente articulador político y social de la nación, aún cuando fuera puramente imaginario y carente de sustentos reales, hoy tiende a fragmentarse y a complejizarse, colapsando en sus raíces estructurales. Para decirlo de otro modo: las épicas nacionales, cuyo fin era la movilización de un “nosotros” unificado, se tornan cada vez más improbables en la medida en que la unidad y la estabilidad objetiva sobre las que se asentaban se encuentran cuestionadas y en proceso de rearticulación.

En el mundo de los últimos diez años, después de la maduración de los fríos años ochenta y la consolidación de los recesivos años noventa, soplan aires de desencantamiento político, de ajuste neoliberal y retracción económica, de transnacionalización de las industrias de la cultura y del auge del universo audiovisual. La Guerra Fría ha dado paso a nuevas formas de repartija geopolítica, con una buena parte del ex mundo comunista transformado en “economías emergentes”, con un tercer mundo cada vez más debilitado y claudicante, con un capitalismo orgulloso y triunfante, no necesariamente homogéneo ni monocromático, acompañado por sistemas políticos liberales con libre competencia electoral: eso que también se llama democracias de estilo occidental. Se trata de un mundo en el que las reivindicaciones en bloque se han perdido, en el que los jaques al sistema sólo son posibles por excesos en el interior mismo del sistema, como sucede con las crisis financieras, ambientales o productivas, donde la participación política y la lucha por la igualdad de oportunidades o de una mayor autonomía individual o grupal poco a poco se van retirando de los escenarios sociales, dejando espacios vacíos, con una exclusión social aguda y amenazante, con violencia urbana creciente, con jóvenes desorientados que, como muchos mayores, no saben hacia dónde van. En este contexto, todo lo que empujaba la voluntad a transformar comprometidamente el mundo se vuelve contenido privado de conciencia, íntimo buen augurio, anhelo personal. No son sólo los jóvenes los responsables de este clima. Ellos, más bien, igual que aquellos de otras épocas, son un síntoma de los tiempos que se viven. Son otras las voces, son otros los ámbitos.

3. Epílogo: ¿una tímida vuelta del péndulo?

El saldo de las transformaciones socioeconómicas de la última década ofrece un panorama desconcertante para el análisis político de raíces clásicas. En efecto, llama la atención que una situación económica tan poco favorable para la gran mayoría de la población no se manifieste en reacciones masivas contrarias al régimen neoliberal impuesto. Parecería que en lugar de generar impugnaciones

radicales, las políticas instauradas estuvieran poniendo a prueba la capacidad de resistencia de los representados, comprobando a su vez la elasticidad actual de los resortes que impulsan a la participación. La pasividad frente a las medidas gubernamentales de corte anti-popular, el desencantamiento y la falta de compromiso con algunas instituciones rectoras del espacio público, el alejamiento concreto de la política, son datos del ambiente que muestran, por sobre la renovación y continuidad de los calendarios electorales, un debilitamiento de la cultura democrática. En este contexto, los jóvenes tienen un no muy afortunado lugar de privilegio (Sidicaro y Tenti, 1998; Fingueret, 1997).

Este clima obedece a los cambios sociopolíticos que han transformado la escena y los actores del drama, eso que llamamos las bases estructurales de la participación, situación que se mantiene constante desde los primeros años noventa, y que por lo que cabe esperar se extenderá mientras no se modifiquen nuevamente esas bases de sustentación. Hay cinco factores de poder que se han alterado en su conformación recíproca por los cambios en la distribución de los recursos con que negociaron y mantuvieron conflictos en los últimos años. Esos cinco factores son las clases trabajadoras y su representación sectorial, el Estado y su compleja gama de instituciones, la llamada clase política o el conjunto de los partidos con representación, las naciones como agregados virtuales pero eficaces, y el capital con sus diversas dimensiones y complejidades internas. Los equilibrios previos se han desmoronado y han dado lugar a nuevas distribuciones de recursos de poder con favorecidos y perjudicados, fortalecidos y debilitados, abiertos hacia una contienda novedosa. En esta arena, y bajo las reglas de su gramática, se desarrollará la participación de la población en general y de los jóvenes en particular.

Por razones técnicas, organizacionales y económicas, el sector trabajo se encuentra debilitado. La flexibilización técnica y jurídica del trabajo, la precarización laboral, la “desalarización” creciente, el desempleo abierto de larga duración y la fragmentación salarial y sectorial de los trabajadores, son las condiciones objetivas en las que se disuelven los lazos de solidaridad tradicionales dentro de los que se nuclearon las clases trabajadoras. En este contexto no es casual que la representación sectorial y política de este segmento de la población se encuentre en crisis. Se podría decir que los sindicatos y los tradicionales partidos de clase están en el momento de su mayor debilidad histórica y esto condiciona seriamente las posibilidades de su accionar. Como cabe esperar, en términos relativos y opositivos, sus tradicionales antagonistas se encuentran fortalecidos.

La situación de los Estados no es muy diferente en términos comparativos. Achicados por el ajuste forzoso de los años noventa, con desinversión en áreas estratégicas de la gestión social, han disminuido en su capacidad para intervenir en importantes esferas de la sociedad. Al haberse despojado de sus empresas por las políticas de privatización, en muchas ocasiones se han debilitado hasta constituirse en actores menores en el drama en el que participan. Muchas grandes em-

presas transnacionales y grupos económicos diversificados suelen tener más recursos para imponer sus intereses que los mismos Estados. Igual que en el caso anterior, la debilidad estructural lleva a que los marcos regulatorios antes sostenidos por el Príncipe vayan cediendo a la presión de los intereses corporativos o privados de las empresas.

Por otro lado, a medida que se extiende derribando fronteras, la globalización económica y cultural pone a los Estados en situación de vulnerabilidad creciente. Los procesos de apertura económica integran intereses locales con intereses externos, asociándolos en verdaderas mallas que después son imposibles de vulnerar. No es casual que el llamado “modelo único”, tan criticado en los conceptos y los discursos, después sea aceptado casi acríticamente por todo aquel que tenga aspiraciones a ocupar los altos mandos de un Estado, ya sea partidario del Consenso de Washington o franco opositor. Esto habla de un condicionamiento concreto de los Estados por la acción de los mercados y sus instituciones representativas.

Un sustento político importante de estas estructuras estatales –anclado en los concretos intereses del mercadointernismo o en los más volátiles contenidos imaginarios del narcisismo primario de grupo–, ha sido el conjunto de las reivindicaciones nacionalistas. En este rubro también han surgido importantes limitaciones para lo que podría llamarse una “agregación objetiva de intereses”. Las grandes corrientes migratorias motivadas en los enormes desequilibrios regionales –incluso burlando fronteras crecientemente reforzadas–, la migración intrainperial desde las colonias hacia las metrópolis, y la progresiva interconexión de localidades distantes unida a la dispersión de las vecindades impulsada por la globalización de las comunicaciones, nos muestran un mundo cada vez más complejo, cada vez más heterogéneo, en el cual surgen virulentos tribalismos, que a veces se nutren de retóricas nacionalistas pero que ciertamente se encuentran distantes de sus antiguas posibilidades. Los países centrales se van volviendo pluriculturales incluso a su pesar, con minorías crecientemente activas, algunas de ellas hasta no hace poco adormiladas, reclamando focalmente alguna reivindicación. La arena estatal, agregada por iniciativas homogeneizantes, como fueron por ejemplo los nacionalismos de entreguerras o los movimientos de liberación de posguerra, se encuentra cada vez más alejada de la eficacia política. Esto no implica que no haya reacciones, pues las hay, pero más que desarrollarse en contextos activos tienden a hacerlo de maneras defensivas y reactivas. La alta virulencia de estas manifestaciones es acompañada por una discontinuidad orgánica que evidencia su debilidad ante un mundo que a nivel económico y cultural parece estar aboliendo la era de las naciones.

Síntoma sosegado de este proceso es el reverdecer de identidades que se etnifican siguiendo los modos del espectáculo, instaurando calendarios festivos en las grandes ciudades que atraen migrantes. Se trata de una forma de ocupación del espacio público, tal vez módica, pero de la que aún no se pueden prever sus

consecuencias. En principio se trata de expresiones minoritarias, pero que poco a poco van congregando simpatías, instituyendo espacios, conformando cronologías. Esto, como se sabe, funda socialidad, aunque en los marcos de la minoría y de la cultura defensiva de finales de siglo. El plano étnico, más que el nacional de otras épocas, es aquel en el que por el momento se va dando el reconocimiento entre los iguales. Los que más ostensiblemente apuestan por estas estrategias son los recientemente inmigrados, quienes en estos encuentros comunitarios compensan momentáneamente el desarraigo. Estos espacios de hospitalidad simbólica, estos lugares cálidos en los que se propicia el encuentro, las tareas compartidas, la comunicación y el reconocimiento, son de algún modo el emergente de un Estado nacionalizador en crisis en el que retoñan comunidades en otro momento congeladas por una cultura política que propiciaba otras urgencias más extendidas. Es así entonces cómo otro de los referentes de las grandes movilizaciones populares, la nación, eje de los movimientos políticos nacional-populistas y nacionalistas clasistas, se encuentra por el momento parcialmente desactivado.

Estas transformaciones inciden sobre la pérdida de los contenidos emocionales de la política. La movilización tiene entre sus resortes más preciados los contenidos de los imaginarios políticos: las ideas fuerza, las mitologías, los proyectos, las épicas, las gestas y los panteones son los elementos de una simbólica emocional en la cual se establecen un relato y un sentido en el que se enmarcan las acciones. Cuando éstas se desagregan perdiendo vigencia o cuando se secularizan alejándose de su aura inspiradora, no es casual que la política como ámbito de atracción pierda atractivo.

Algo similar está ocurriendo con la llamada clase política. Con todos estos cambios en la cultura política, el sistema de partidos también se encuentra cada vez más débil en la medida en que va perdiendo su capacidad de atraer masivamente a la población. Hay cambios internos a la organización de los partidos y cambios ambientales que recortan de una manera diferente el espacio de la política. Las encuestas de opinión muestran una credibilidad cada vez menor de la ciudadanía en los partidos y en sus figuras tradicionales, restándoles de algún modo el apoyo que en otras ocasiones recibieron. Al contrario de lo que podría esperarse, esta situación no impulsa a la población a reemplazar a los políticos o a los canales tradicionales de expresión por otros más idóneos, lo cual demuestra en principio indiferencia frente a la esfera que estos monopolizan.

Fenómenos novedosos derivados de esto son la apertura de las elecciones internas y la entrada en las listas de candidatos extrapartidarios, factores que indican una “americanización” de la política, tradicionalmente marcada en regiones como la europea y la latinoamericana por fuertes identidades partidarias. Esto es en parte el derivado de las estrategias “atrápalo todo” de los partidos en las contiendas electorales, cuyo objetivo es obtener la mayor cantidad de votos, situación que tiende a presionar licuando plataformas y bases doctrinarias, alejando a las

militancias comprometidas de su poder de decisión. De este modo los partidos se “ablandan”, desdibujando sus fronteras. Este hecho, además, puede notarse en el avance de una tendencia que preocupa especialmente al estamento político: el corte de boletas. Con ello se profundiza el proceso de despartidización y personalización de la política.

La flexibilización ideológica de los partidos es la consecuencia de la tecnificación de las competencias preelectorales, que propician la lucha por la imagen y la persuasión publicitaria alejada del discurso, ceñida a *slogans* casi vacíos de contenido. Los cuadros técnicos son los cazadores de un voto crecientemente volatilizado, expresión paradigmática de este cambio cultural en el que se rearticula la representación política. Se trata de una política massmediatizada que ya no necesita de la movilización proselitista de las militancias ni de ejercicios de demostración pública de fuerzas. Los votos aparecen como los ansiados premios sin contenido, impersonales, e indiferentes de una ciudadanía que se intenta atrapar en su conducta electoral más que representarla en el ejercicio de sus derechos.

Se trata de un contexto en el que los medios masivos, en especial la televisión, adquieren progresiva importancia en los caminos al poder. El avance en la cultura de la imagen hizo de la televisión la tribuna pública por excelencia y llevó las competencias preelectorales al plano del espectáculo, lo que contribuyó al alejamiento objetivo de la población respecto de la esfera pública. Este avance de la massmediatización en la cultura política implicó, entre otras cosas, un marcado empobrecimiento discursivo y argumentativo, la preeminencia de la iconicidad en un modelo de comunicación hegemonizado por la imagen, y cierta erosión en el valor de la palabra empeñada, con las consecuentes pérdidas en la credibilidad, el vaciamiento de la esfera pública, la progresiva instalación del cinismo, y la falta de controles y de garantías (Margulis y Urresti 1999: 10-11). El correlato de estas transformaciones es el avance de una participación de baja intensidad. No es casual que sea cada vez mayor la desafiliación de los grandes partidos tradicionales: los militantes decepcionados se alejan dejando a las cúpulas cada vez más libres en su accionar, pero también más solas respecto del apoyo necesario para actuar. La clase política de este modo gana en autonomía, pero pierde en determinación y fuerza.

De este modo, otro de los factores de poder y ámbitos de participación pública, como son los partidos políticos, va abandonando la escena en la medida en que pierde eficacia. Con el debilitamiento de los partidos y el fortalecimiento relativo de los sectores del capital, el espacio de autonomía que poseía la clase política se ha estrechado notablemente. La política se encuentra fuertemente condicionada por la acción de los sectores que concentran el poder en la esfera económica, estratégicamente fortalecidos, con creciente capacidad de veto y presión sobre los demás factores de poder. Si nos detenemos en las decisiones de mayor peso estratégico, aquellas que verdaderamente inciden y estructuran la vida de un

país, veremos que son crecientemente tomadas por economistas y miembros de sectores relevantes en el área de las finanzas o los negocios, lo cual indica un desplazamiento del proceso de toma de decisiones desde los ámbitos públicos hacia los corporativos y privados. Hoy los factores del poder están radicados en espacios alejados de la política y cada vez más vinculados con los grandes intereses económicos, que ya no necesitan, como en otros tiempos, golpear las puertas de los cuarteles para imponer sus puntos de vista.

Sin embargo, las transformaciones de la última década han dejado problemas sociales y políticos amenazantes para el futuro. El desempleo, la pobreza y la exclusión social son los temas de una agenda acuciante. Es en este contexto emergente de la década pasada que se ha propuesto actuar la única fuerza con capacidad operativa surgida de dichos cambios: los sectores más concentrados del capital y las altas finanzas. Llama la atención que estos sectores, que son los que más se han beneficiado con los cambios y las secuelas sociales que ellos han dejado, sean los que se propongan resolver aunque más no sea momentáneamente la cuestión. Esto es lo que se conoce como el Consenso Post Washington, la nueva estrategia que los sectores concentrados del capital se han fijado para conservar su poder después de lo que prácticamente ha sido una “acumulación originaria” de finales de siglo.

Esta iniciativa goza por el momento del apoyo del espectro progresista de los arcos políticos de los países centrales y de algunos periféricos de importancia. Con algunos cambios y después de una derrota histórica, se trata del antiguo “consenso socialdemócrata” remozado, que retorna aceptando como definitiva e incuestionable en sus puntos básicos a la encrucijada económica neoliberal definida por los intereses del capital. En este contexto se plantea una suerte de reformismo módico y posibilista, ceñido a las directivas impuestas por el orden vigente, que es el radio de acción de los movimientos políticos que en los noventa se propusieron revertir la revolución conservadora. En el interior de muchos de los partidos que han tomado como suyas estas banderas hay sectores, mayoritariamente integrados por jóvenes, que si bien en muchas ocasiones se oponen a las directivas generales, que aparecen demasiado tibias y poco reformistas, no constituyen alternativas al minimalismo de los adultos comprometidos en sus mismos partidos. Es decir, que terminan plegándose a las dinámicas impuestas aun cuando hagan sentir su tímida diferencia.

Pero no todo el espacio de la política se agota en el accionar de los políticos o de los partidos. Otra de las tópicos a desarrollar por esta nueva reforma es la de darle un creciente protagonismo a las iniciativas provenientes de la sociedad civil. El llamado “tercer sector”, constituido por las asociaciones civiles sin fines de lucro, organizaciones no gubernamentales, fundaciones, es el ámbito al que se apuesta para desarrollar instituciones que apuntalen sociedades más estables y pluralistas, en las que se permita de paso resolver los problemas planteados por

la gravísima “cuestión social” emergente de las reformas económicas. Se supone que este sector puede abrir espacios de participación desvinculados de la acción política tradicional fundando una nueva sociabilidad (Acevedo Riquelme, 1998: 178 y ss.). Por el momento, y más en sociedades como las latinas, estadocéntricas y con escasa tradición civilista, no parecen ser alternativas capaces de revertir la postergación existente, aunque sus acciones apunten a restituir lazos y valores culturales solidarios agraviados. Las grandes instituciones representativas de los intereses del capital han comprendido que el mercadismo sin límites destruye tramas sociales preexistentes y atenta incluso contra su propia reproducción. Las instituciones crediticias de peso internacional han reconocido ya esta inquietud, y tratan de evitar las consecuencias sociales y políticas nefastas para el capital que el mismo el modelo neoliberal instituyó, dando apoyo a este sector para que se desarrolle como una malla de contención social y, en el mejor de los casos, como un factor capaz de absorber el desempleo.

Cabe esperar que estas instituciones canalicen el descontento social y orienten la participación de la población hacia iniciativas locales, con metas muy precisas y un horizonte claramente puesto en la viabilidad y la eficiencia de su accionar. Estas serán seguramente las protagonistas de los tiempos políticos por venir, ámbito de recepción de la participación juvenil en los tiempos que corren. El déficit de inclusión de los jóvenes, excluidos del trabajo y en muchos casos del estudio, con todas las dificultades que ello implica para gestionar un arraigo de identidad, ese apetito de identificación frustrado, de masas en disponibilidad, trata de ser encauzado por esta política de desarrollo del tercer sector. Las movilizaciones barriales, zonales o de pequeñas ciudades que ostentan orgullosamente sus rasgos locales, la promoción de las fiestas presentadas como atractivos culturales, el desarrollo de microemprendimientos productivos, de trueque, cooperativas de abastecimiento o de construcción, de defensa de espacios verdes, cuidado de los niños, celebración de fiestas religiosas, comparsas y murgas, serán los presentes y futuros ámbitos de la inclusión de los jóvenes. Son las nuevas maneras de expresión participativa, celular y acotada, pero positiva en este período de la vida social que parece haber cerrado los caminos a la participación ciudadana.

El péndulo parece estar volviendo para seguir con el esquema del comienzo, pero en una situación comprometida para lo público. Se trata de la salida del ciclo privatista, aunque por el momento seriamente condicionada por la situación precedente. Tal vez sea por el efecto mismo de la desilusión y el desencanto con las búsquedas del bienestar privado que comienzan a surgir estas reacciones, estas nuevas áreas de acción en el interior de los grupos dirigentes y en la ciudadanía en general. Estas nuevas formas de organización y participación, de alcance moderado y local, encarnan el signo de los tiempos, orientándose nuevamente hacia lo público pero con las marcadas características diferenciales de la época.

No se puede prever la evolución futura de estas formas de participación, pero es interesante reconocer en ellas la reaparición o el retorno –aunque adaptado al presente técnico, social y cultural– de valores y prácticas que tuvieron fuerte incidencia en la historia reciente en momentos de crisis. Luis Alberto Romero (1995: 107 y ss.) destacaba, entre los ciclos de la cultura política urbana de los sectores populares de la Argentina, dos modelos paradigmáticos: uno orientado hacia la ocupación de los espacios estratégicos en el plano del Estado, en el que predominaban los movimientos orgánicos, encabezados por líderes dotados de carisma, y por otra parte –en períodos caracterizados por la proscripción o crisis económicas– el desarrollo espontáneo de expresiones populares en el ámbito de la cultura y la política locales. Tal vez retornen aquellas prácticas de carácter acotado –barrial o comunitario– tales como sociedades de fomento, bibliotecas populares, clubes de barrio, sociedades de ayuda mutua, organizaciones nacionales de inmigrantes, en las que se fermentaron climas políticos de gran trascendencia histórica para los sectores populares. Por eso se puede hablar de cierto reverdecer de fuerzas que apuntan a una reconstrucción civil del espacio de la política. Sin embargo, no debe oscurecerse con ello la forma predominantemente tecnicista y minimalista de estas modalidades de la actividad participativa, que privilegian la inserción celular, ante la ausencia manifiesta de las grandes épicas populares y de las estrategias de transformación del espacio político y social. Es un contexto en el que la participación en los canales inorgánicos y celulares de la política va ocupando el centro de atracción de las iniciativas juveniles. Una juventud mayoritariamente reformista y moderada vibra nuevamente en la onda de la cuerda dominante.

Bibliografía

- Acevedo Riquelme, Dacil 1998 “Juventud y sociedad civil. Una oportunidad de cara al siglo XXI”, en AAVV, *Con Juntos. Sociedad civil en la Argentina* (Buenos Aires: Banco Interamericano de Desarrollo).
- Barbero, Jesús Martín 1994 “Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de la comunicación”, en *Sociedad* (Buenos Aires), n° 5.
- Baudrillard, Jean 1995 *La transparencia del mal* (Barcelona: Anagrama).
- Bell, Daniel 1989 *Las contradicciones culturales del capitalismo* (México: Grijalbo).
- Castel, Robert 1996 “La crisis del trabajo y el fin de la integración obrera”, en *El Rodaballo* (Buenos Aires), año II, n° 3.
- Castel, Robert 1997 *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado* (Buenos Aires: Paidós).
- Coriat, Benjamin (1993): *El taller y el robot* (México: Siglo XXI).
- 1995 *Pensar al revés* (México: Siglo XXI).
- Debray, Regis 1993 *El estado seductor* (Buenos Aires: Manantial).
- Fingueret, Manuela (comp.) 1997 *Jóvenes en los '90. La imaginación lejos del poder* (Buenos Aires, s/ed).
- García Canclini, Néstor 1990 *Cultura Híbridas* (México: Grijalbo).
- Hirschman, Albert 1986 *Interés privado y acción pública* (México: FCE).
- Lasch, Christopher 1999 *La cultura del narcisismo* (Barcelona: Andrés Bello).
- Lechner, Norbert 1990 *Los patios interiores de la democracia* (Santiago de Chile:FCE).
- Lipovetsky, Gilles 1986 *La era del vacío* (Barcelona: Anagrama).
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo (comps.) 1997 *La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural* (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, UBA).
- 1999 “La crisis argentina actual: su dimensión cultural”, en *Sociedad* (Buenos Aires), n° 14, en prensa.
- Morin, Edgard 1962 *L'Esprit du temps* (París: Grasset).
- Nun, José 1989 *La rebelión del coro: estudios sobre la racionalidad política y el sentido común* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Ortíz, Renato 1994 *Mundialização e cultura* (San Pablo:Brasiliense).
- 1996 *Otro territorio* (Quilmes: Unqui).

Reich, Robert 1993 *El trabajo de las naciones* (Buenos Aires: Javier Vergara).

Romero, Luis Alberto 1995 “Participación política y democracia, 1880-1984”, en Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política* (Buenos Aires: Sudamericana).

Sidicaro, Ricardo y Emilio Tenti (comps) 1998 *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación* (Buenos Aires: Unicef/Losada).

Tenti, Emilio (comp.) 1999 *Una escuela para los adolescentes* (Buenos Aires: IIPE Unesco, Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, Unicef. Reeditado por Losada, Buenos Aires, abril de 2000).

Vattimo, Gianni 1988 *La sociedad transparente* (Barcelona:Paidós).

Wolton, Dominique 1990 *Elogio del gran público* (Buenos Aires:Gedisa).

Yonnet, Paul 1987 *Juegos, modas y masas* (Buenos Aires: Gedisa).

Bibliografía del autor

Libros:

Margulis, Mario y Marcelo Urresti 1999 *La segregación negada. Cultura y discriminación social en Buenos Aires* (Buenos Aires:Biblos).

Margulis, Mario y Marcelo Urresti (comps.) 1997 *La cultura en la Argentina de fin de siglo. Ensayos sobre la dimensión cultural* (Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC, UBA).

Notas

1. Las dos secciones que siguen son, con algunas pequeñas modificaciones, parte de un trabajo mayor publicado con anterioridad en Tenti, Emilio (1999), cuyo título fue “Cambio de escenarios sociales, experiencia juvenil urbana y escuela”.
2. Se discute si este cambio, y hay diversas posturas, está motivado en la tecnología o en la organización del trabajo. Por razones de espacio no entraremos en este debate. Para quien esté interesado en el tema, puede consultar *El taller y el robot* o *Pensar al revés*, ambos de Benjamín Coriat (1993 y 1995, respectivamente).
3. En los últimos años hemos asistido a las discusiones entre sindicatos, empresas y poder político en torno a esta problemática.
4. No entraremos en cuestiones de títulos, sería muy arduo, pero las preferencias generales afirman la lógica del consumo televisivo, la tendencia a la cultura de la facilidad, películas de acción, de aventuras, dibujos animados para chicos (video niñera).

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2000
en los talleres de Gráficas y Servicios S.R.L.
Sta. María del Buen Aire 347 (1277)
Buenos Aires, Argentina
Se tiraron 1.000 ejemplares.